

“Nuevo Mundo”, Madrid, 4 enero 1918

Lo que en cuanto llega á Madrid, á la Villa y Corte de los milagres administrativos, el erizo calenturiento siente que la religiosidad — calenturienta religiosidad de erizo — se le derrite en el ámbito teatral y político. Y en cuanto político, también teatral, porque la política es, ante todo y sobre todo, teatro en la Villa y Corte de los milagros administrativos.

Para el erizo calenturiento, la política es religión — una religión civil, desamortizada, laica si se quiere. Laico, que es lo mismo que lego, se opone á eclesiástico, á sacerdotal, del mismo modo que paisano se opone á militar, y que idiota, en su primitiva acepción de hombre particular ó privado, se oponía á hombre público, á ciudadano históricamente activo.

El erizo calenturiento aspira á que todo hombre sea sacerdote y guerrero y maestro y ciudadano público é históricamente activo, y por eso rechaza el clericalismo — otros le llaman clericalismo —, el militarismo, el pedagogismo y el politicismo. El erizo calenturiento quiere que se desamortice la teología, acabando con aquello de: «eso no me lo preguntéis á mí que soy ignorante...», etc.; que se desamortice la estrategia y la táctica — cuya suprema pederanía la guerra nos pone de manifiesto —; que se desamortice la pedagogía — que, como ciencia especial y aparte, es una pura ficción de profesionales de la enseñanza pública —, y que se desamortice la política. He aquí por qué es demócrata el erizo.

El erizo calenturiento cree que la religión y la guerra y la educación pública y la política han de ser funciones real y verdaderamente públicas, de verdadero sufragio universal, ó sea de sufragio verdaderamente universal. Y es que cree que la guerra y la educación pública y la política son también valores religiosos, son también religión. Y se encuentra con que quieren hacerles ciencias, coto de especialistas competentes. Y piensa que la religión, lo que más especialmente se llama así, muere en la teología de los sacerdotes; que la guerra se degrada en la estrategia de los militares; que la educación se pervierte en manos de los pedagogos, y que la política se envilece y arramplona entre los profesionales de ella, entre los que hacen de ella un modo de vivir. Para el erizo calenturiento la guerra y la educación y la política son también religión y la religión excluye todo especialismo. No hay hombre que deba ser medianero entre otro hombre y Dios. Dios, á cada hombre que le busca, le enseña á adorarle y á pelear y á educar á los suyos y á gobernarse en común; la guerra, la educación y la política son de inspiración divina, proceden del anhelo con que buscamos en nosotros á Dios. Así cree el erizo.

Y en cuanto el erizo llega con su calentura á la Villa y Corte de los milagros administrativos y quiere oír de política, de religión civil del gobierno del pueblo por el pueblo, oye de electorería, oye de elecciones, oye de partidos, oye de comités, oye de candidatos. Y se le caen las alas del corazón. ¡La circunscripción tal ó cual, el distrito este ó aquel!... Hay uno de estos valores electoreros que, como un símbolo, se le ha clavado en la memoria, y es aquello de: el distrito de la Inclusa. ¡El distrito de la Inclusa! ¡Qué expresión más simbólica! ¡Pero es que acaso no son todos los distritos inclusas?

Cuando le hablan de votos, el erizo piensa en otra cosa. El, que siente en la política una religión y no una teología, que no quiere sacerdotes especializados de la política, de la gobernación del pueblo, no comprende que se limite la función política de éste á votar, á escoger su sacerdote, y que luego él oficie ante el Dios Estado. Y prefiere ser profeta á ser sacerdote; profeta como Saúl, el rey loco, y no sacerdote como Samuel. Su religión es el profetismo. Profeta fué también Francisco de Asís y no sacerdote, y profeta, no sacerdote, fué Inigo de Loyola cuando fundó su guerrera Compañía de Jesús. Uno y otro legos. Pero pronto otros clericalizaron sus sendas obras. Obras que empezaron siendo populares, demólicas.

¿Qué le importan al erizo calenturiento los partidos electoreros con sus comités y sus programas y sus jefes y jefecillos? Eso es para los distritos de inclusa. El erizo quiere una religión civil, una religión política, y sin sacerdotes de ella, donde cada uno pueda, á su vez, profetizar, cuando el Espíritu Civil le toca en el corazón.

Y esa religión civil, esa política del erizo calenturiento, se cifra en el respeto al hombre, á cada hombre, en el reconocimiento de que cada hombre, el último de ellos, en su esencia civil, en la dignidad de su persona, vale más, infinitamente más, que el interés de todos los demás hombres juntos; que la dignidad, que el honor de un hombre, la integridad de su persona moral no pueden ser sacrificados á la grandeza y al enriquecimiento ni aun al orden de la comunidad. Sobre el honor del individuo no está más que el honor de la comunidad, no su interés. Antes de matar el alma de un hombre, debe desaparecer un pueblo.

En la Villa y Corte de los milagros administrativos la política nada tiene de religión civil y sí mucho de teatro, y no poco de granjería. Granjería de pordioseros y hareganés, sin duda, pero también, y más especialmente, teatro de vanidades contentadizas. En la Villa y Corte de los milagros administrativos los que sueñan con representar cualquier distrito de cualquier inclusa, aspiran á llegar. Á lo que aspiran á llegar es á ex ministros, porque en la Villa y Corte de los milagros administrativos se aspira no á ser, sino á haber sido; se aspira no al presente y menos al porvenir, sino al pasado. La jubilación es el coronamiento de sus esfuerzos.

Y para la religión no hay pasado, no hay más que porvenir. El reino de la libertad es el eterno porvenir; el reino de Dios está en el siglo siempre futuro. El que crea haber llegado á Dios, es que se pasó ya de El. Y pasarse de Dios es morir en cuanto al alma. Por eso dicen las Escrituras que el que ve la cara á Dios se muere (Exodo, XXXIII, 20). No á Dios, sino á un ángel suyo le vió Jacob la cara, después de haber luchado con él hasta el alba, y por ello se le llamó á Jacob Israel, es decir, el que pelea con Dios (v. Génesis XXXII, 24-31).

Cabe luchar con el Dios civil, con el Estado, y esto y no otra cosa es política. El deber del ciudadano es luchar contra el Estado y preguntarle, como Jacob al ángel del Señor, su nombre. Porque también el Estado es un ángel — bueno ó malo, según sea — del Señor. Y la religión civil, la política del erizo calenturiento, es luchar contra el Estado por reverencia al Estado mismo, para que el Estado no se muera. Porque Dios vive de que los hombres luchan contra El, de que le busquen con tormentoso anhelo, de que le anhelan. Y el Estado se muere — y se muere por congelación — si todos se le someten y no le combaten. Por esto lo más religioso civilmente es la revolución. Hay que estar siempre constituyendo y desconstituyendo. Lo constituido, el orden, es la muerte, porque es haber llegado. Y todo lo que llega se pasa.

A los que en la Villa y Corte de los milagros administrativos sueñan con representar cualquier distrito de cualquier inclusa, á los que aspiran á llegar á ex ministros — ó á ex presidentes del Consejo, es lo mismo —, sólo les importa lo constituido, el orden. Y hasta cuando preconizan el desorden, lo constituyente, es para ordenarlo, para constituirlo luego. Pero el erizo, como Brand, no mira sino al más allá, y sabe que al hombre no se encuentra — si es que se encuentra — sino cuando se queda entera y acabadamente solo, solo del todo, en la soledad de la muerte. Entonces es cuando llega á Dios, si es que á El llega. Y por eso la política del erizo calenturiento, que no quiere haber sido nada, que aborrece el haber sido algo, es religión civil.

Todo esto nos ha revelado el erizo calenturiento. Y no se lo entenderán á derechas los que sólo aspiran á llegar.

DE ACTUALIDAD



Asamblea de Inspectores de Enseñanza, que se ha celebrado en la Escuela